

glaba mi marcha á la de mi compañero, siguiendo en todo sus consejos.

Me parece que estoy viendo aún todos los sitios que recorrimos, el coto donde crecía á porfia el brezo y que estaba lleno de madrigueras al pie de los árboles; el senderito verde, en donde mi madre perdiz paseó tantas veces sus polluelos en Mayo, y en el que brincábamos comiendo las hormigas encarnadas que se nos subían por las patas, y recuerdo también que encontrábamos faisánitos de nuestra misma edad que se hacían los orgullosos y no querían jugar con nosotros.

Aquel senderito lo vi precisamente en el momento en que una corza lo atravesaba con los ojos muy abiertos y pronta á dar un salto. Después se presentó ante mi vista la laguna en donde íbamos á beber ó á tomar un baño, en bandadas de treinta ó cuarenta, con igual vuelo y tan rápido, que llegábamos desde la llanura en un minuto.

En medio de dicha laguna había un islote, y en él vegetaba un grupo muy espeso de alisos, en los cuales nos refugiábamos, calculando que era preciso que los perros tuvieran gran olfato para ir á buscarnos allí. No bien hubimos de posarnos y escondernos, cuando llegó un corzo andando con tres patas y dejando detrás de sí una huella sangrienta, produciéndome tanta tristeza el verle así, que escondí mi cabeza entre las hojas; pero le oía beber con tanta avidez, que bien se conocía que el animal estaba abrasado sin duda por la calentura.

El día tocaba á su fin, y notamos con satisfacción grandísima que los tiros, ya lejanos, eran cada vez más raros, hasta que por fin, más tarde, ya no se oyó nada...

Se había acabado la cacería.

Por prudencia, ó, mejor dicho, por precaución, continuamos vigilando con asiduidad, teniendo el oído alerta y el ojo avizor; y cuando el convencimiento de que aquellos malhechores se habían retirado nos devolvió la calma, regresamos muy despacito hacia el llano para saber de nuestros amigos; mas al pasar por delante de la casita de madera vimos un espectáculo espantoso.

En la orilla de una zanja, liebres de pelo rubio y conejitos cenicientos con el rabo blanco, yacían unos al lado de otros, formando montón con varias perdices rojas y grises, que tenían, como mi compañero, la *herradura* señalada en la pechuga, y otras más jóvenes, que llevaban todavía, como yo, plumón debajo de las plumas.

¿Hay en el mundo cosa más triste que ver á un pájaro muerto? Hay tanta viveza en ellos, que se estremece uno viéndolos inmóviles y fríos...

Un gran corzo estaba también allí; parecía dormido y su lengüecita color de rosa, salía de su boca como para lamer.

Y los cazadores, inclinados sobre aquella matanza, contaban las piezas y las amontonaban sin piedad en sus morrales. Los perros, atados ya y dispuestos para emprender la marcha, alzaban aún sus cabezas horripilantes y tomaban vientos, como si quisieran lanzarse de nuevo al bosque.

¡Qué escena más repulsiva era para mí aquella, y cuánto me hizo sufrir! ¡Qué desconsolador y qué sombrío se me representaba el porvenir!

¡Oh! mientras que el sol se ponía en el horizonte, é interin arreglaban todos aquellos hombres, ganosos de descansar, su marcha por los senderos cubiertos del rocío de la noche, yo, con la mirada fija en tan encarnizados enemigos, los maldecía y los aborrecía á todos, hombres y animales... Ni mi compañero ni yo tuvimos el valor de cantar, como lo hacíamos siempre, para despedir al astro del día que se ocultaba.

En nuestro camino hallábamos desgraciados animalitos, muertos por un grano de plomo que no era para ellos y que se quedaban allí para ser pasto de las hormigas.

Pero lo que más compasión inspiraba era el oír en la orilla del bosque, en el límite del prado y allá entre los mimbres de la ribera, llamadas ansiosas, tristes y angustiosas, á las que nada ni nadie contestaba.

Eran los parientes de tanto desgraciado animalito como había perecido á manos de aquellos hombres sin piedad.



## LOS PASTELILLOS



I

Un domingo por la mañana, el pastelero Sureau, de la calle de Turena, en París, llamó á su aprendiz y le dijo:

—Aquí tienes los pastelillos del señor Bonnigar; ve á lle-

várselos y vuelve pronto, pues los versalleses, según dicen, han entrado en París.

El chico, que no entendía nada de política, colocó los pastelillos calientes en una tortera, la tortera en una servilleta muy blanca, y poniéndolo todo en equilibrio encima de su gorra de pastelero, echó á correr en dirección á la isla de San Luis, en donde vivía el Sr. Bonnigar.

La mañana era magnífica; un cielo despejado, un ambiente agradabilísimo y un sol de esos que llenan

las fruterías de manojos de lilas y de ramos de cerezas; un día plácido que invita al goce, al ocio, al esparcimiento.

A pesar de los tiros que se oían á lo lejos y de los toques de llamada que



hacían las cornetas en las esquinas, el antiguo barrio del Marais conservaba su fisonomía apacible.

Se conocía que era domingo por los corros de niños que se veían en los patios, y de muchachas delante de las puertas jugando al volante. Nadie turbaba allí la tranquilidad ni nada le hacía perder su carácter gráfico de día de fiesta, hasta el punto de que cualquiera que la hubiera observado en el momento de pasar nuestro aprendiz de pastelero, trotando por en medio de la calle, todo vestido de blanco y despidiendo un perfume apetitoso de pasta caliente, no hubiera podido sospechar siquiera que el ardor bélico se iba apoderando de los parisienses desde el amanecer de aquel hermoso día.

Solamente en la calle de Rívoli se notaba gran animación, pues arrastraban por allí cañones, hacían barricadas, y por todos lados se dejaban ver grupos y guardias nacionales que corrían; pero el aprendiz de Sureau no se aturdió al hallarse en medio de aquel bullicio, pues ni sospechó siquiera que pudiera ocurrirle el menor contratiempo. Tan acostumbrados están los mozos de pastelería á andar por en medio del gentío y del bullicio de las calles, que las revoluciones no los asustan.

Daba gusto, en verdad, ver á aquel chiquillo con su gorro blanquísimo, introducirse entre los kepis y las bayonetas, evitando los choques, y tan pronto corriendo como andando despacio, según que la gente le impedía más ó menos el paso.

¡Qué le importaba á él que se batiesen!

Lo esencial era llegar á casa del señor Bonnicar antes de las doce para ganarse la propineja que le esperaba, como siempre, en una rincónera de la antesala.

Su cuidado consistía en evitar los obstáculos que le estorbasen marchar con rapidez; su deseo era llegar pronto á la isla de San Luis, y su preocupación única la de pensar en qué gastaría los céntimos que en casa de tan pródigo parroquiano había de recoger.

De repente, hubo un gran empuje entre las turbas, y algunos *pupilos de la República* desfilaron al paso gimnástico y cantando.

Eran pilluelos de doce á quince años, con cinturones encarnados, grandes botas, armados con fusiles chassepots y muy orgullosos por ir disfrazados de soldados.

Esta vez, en medio de los apretones producidos por aquel tropel de paisanos y militares, el aprendiz tuvo mucho que hacer para conservar el equilibrio; mas su tartera y él habían patinado juntos tantas veces, que los pastelillos no sufrieron ningún daño. Pero desgraciadamente, nuestro pastelero era niño, y como tal, no obstante su afán por llegar pronto á casa del Sr. Bonnicar y su deseo de apoderarse de la propina, el movimiento de las tropas, los cantares y los cinturones encarnados le excitaron la admiración, le despertaron la curiosidad, y ésta aguijoneó al chico dándole ganas de andar un poco en tan hermosa compañía, y pasando, sin notarlo, por delante del Hotel de Ville y de los puentes de la isla de San Luis, se encontró, llevado por aquella carrera loca, muy lejos de donde iba.

## II

Hacia lo menos veinticinco años que era costumbre, en casa del Sr. Bonnicar, comer pastelillos de carne todos los domingos. A las doce en punto, cuando toda la familia, pequeños y grandes, estaban reunidos en el comedor, un alegre campanillazo hacía decir á todo el mundo:

—¡Ah!... Ahí está el pastelero.

Y entonces, con gran movimiento de sillas, con el roce de los vestidos de gala y la alegría ruidosa de los niños, se sentaban en la mesa alrededor de los pastelillos simétricamente amontonados en una estufilla de plata.

Aquel día la campanilla quedó muda.

El Sr. Bonnicar, escandalizado por tanto retraso, miraba el reloj, un viejo reloj de pared, al que servía de remate un pájaro disecado, y que jamás se había adelantado ni atrasado. Los niños bostezaban mirando por las ventanas, acechando la llegada del pastelero. Las conversaciones languidecían y el apetito era tan voraz, que hacía que el comedor pa-

reciera muy grande y muy triste, á pesar del antiguo servicio de plata muy reluciente colocado sobre un mantel adamasado y de las servilletas dobladas en forma de cucurucho.

Varias veces ya la cocinera había venido á hablar al oído á su amo de... asado quemado... guisantes demasiado cocidos... Pero el Sr. Bonnicar se encaprichaba en no sentarse á la mesa sin los pasteles, y furioso contra Sureau por su falta de exactitud, resolvió por último ir á conocer él mismo la causa que producía aquella tardanza.

Al salir de su casa, muy enfadado y sacudiendo su bastón, unos vecinos le dijeron:

—Tened cuidado por las calles, señor Bonnicar, pues dicen que los versalleses han entrado en París.

Nada quiso escuchar, ni siquiera los tiros que se oían del lado de Neuilly, ni tampoco el cañón de alarma del Hotel de Ville que hacía vibrar todos los cristales del barrio.

—¡Oh! ¡Ese Sureau!... ¡Ese Sureau!... exclamaba sin cesar y apretando cada vez más el paso.

Y en la animación de su acelerada marcha iba hablando sólo, pues se figuraba ya verse en medio de la pastelería increpando al pastelero y pegando de tal modo al suelo con su bastón, que retumbaban los escaparates. Pero la barricada del puente Luis Felipe calmó de repente sus furiosos, toda vez que algunos comuneros de cara feroz que allí estaban tumbados al sol, le preguntaron:

—¿Adónde vais, ciudadano?

Repuesto un poco del trastorno que le produjera tan brusca transición, nuestro individuo explicó ingenuamente el por qué de su salida; pero no le creyeron, y la historia de los pasteles les pareció sospechosa.

Cuatro hombres de buena voluntad, que no sentían de ningún modo abandonar la barricada, empujaron delante de ellos al pobre hombre exasperado, con el fin de sustraerlo á las molestas consecuencias de aquel lance; mas no sé cómo se las arreglaron, pues media hora después, todos ellos tuvieron la desgracia de ser detenidos por las tropas y llevados á reunirse con una larga columna de pri-

sioneros dispuesta á ser conducida en precipitada marcha á Versalles.

El Sr. Bonnicar protestaba, levantaba su bastón y contaba su historia por la centésima vez; pero siempre se encontraba con que su relación de los pastelillos parecía cosa tan absurda en medio del trastorno general, que los oficiales se reían y no le hacían caso.

—Está bien, está bien; os explicaréis en Versalles.

Y por los Campos Eliseos, llenos todavía del humo de los tiros, los prisioneros emprendieron su camino entre dos filas de cazadores.

## III

Aquellos desdichados iban de cinco en cinco, en filas apretadas y compactas.

Para impedir que se separasen, se les obligaba á cogerse todos del brazo, y aquel largo rebaño humano, al andar, aparte de las densas nubes de polvo que levantaba en la carretera, hacía un ruido tal, que se parecía al de un tremendo aguacero cayendo sobre techados de pizarra ó de planchas de zinc.

El infortunado Bonnicar creía estar soñando.

Sudando, jadeante, medio muerto de miedo y de fatiga, se arrastraba á la cola de la columna entre dos granujas que olían á cochambre y á aguardiente, quienes, oyendo á cada paso las palabras de «pastelero, pastelillos,» que el buen hombre repetía siempre en medio de sus imprecaciones, pensaban que se había vuelto loco.

Lo cierto es que el Sr. Bonnicar no sabía, como vulgarmente se dice, en dónde tenía la cabeza; siendo tal su obcecación, que no pensaba en otra cosa más que en sus pasteles.

En las subidas, en las bajadas, cuando las filas del convoy se separaban un poco, por todas partes, en fin, se le figuraba ver la chaqueta y el gorro blanco del aprendiz de Sureau.

Así le sucedió lo menos diez veces durante el camino.

Aquella visión pasaba por delante de

sus ojos como para burlarse de él, y luego desaparecía entre una ola de uniformes, de blusas y de andrajos.

Por fin, á la caída de la tarde, llegaron á Versalles, y una vez allí, se permitió á los prisioneros que se separasen y que se tumbaran en el suelo para tomar aliento.

Sentado en el borde de un escalón, con la cabeza entre las manos y casi muerto de hambre, de vergüenza y de fatiga, el Sr. Bonnicar repasaba en su espíritu los acontecimientos de día tan desgraciado: su salida de casa, su familia inquieta por su prolongada ausencia, la mesa puesta hasta la noche, y que, con seguridad, le esperaba todavía, y después la humilla-

ción, las injurias, los culatazos, y todo ello por culpa de la poca exactitud de un pastelero.

—Sr. Bonnicar, aquí tenéis vuestros pastelillos, oyó de repente que decía alguien con una vocecita infantil, agradable y simpática; y el pobre hombre, levantando la cabeza, se quedó extático viendo á su lado al aprendiz de Sureau, preso también como él, que descubría y le presentaba la tortera oculta debajo de su delantal blanco.

A pesar de la asonada, de la detención y de tantas peripecias, aquel domingo, como los demás, el bueno de Bonnicar comió sus pastelillos.



## EL TAMBORILERO



El famoso Valmajour, primer tamborilero de Provenza y vencedor en el concurso de Aps, se presentó en el circo para obsequiar con sus más lindas tocatas al Presidente del Consejo de ministros, que se encontraba en su ciudad natal.

El tipo no es raro ni nuevo; abunda mucho, y nada más fácil que hallarlo en todos los países.

Ha existido en todos los tiempos, se perpetúa sin grandes alteraciones, y no será aventurado decir que se encontrará en cada una de las edades, cualesquiera que sean las vicisitudes de la sociedad humana.

El pueblo no puede vivir sin danzas, sin cantares, y por consiguiente sin música: en las aldeas, en las villas y lugares el tamborilero animará la reunión de los vecinos en la plaza pública los domingos, y en las grandes poblaciones, si acudís á los arrabales los días de fiesta, no dejaréis de ver también al tamborilero excitando á ese frenético danzar á que se entrega en sus tardes de asueto la gente joven que, venida de los pueblos pequeños, se consagra al servicio doméstico en las ciudades.

Nadie podrá decir que no ha visto

alguna vez en su vida más de un ejemplar del tipo que nos ocupa; pero nuestro Valmajour se diferenciaba mucho de sus colegas. Tenía una hermosa presencia y ofrecía una vista muy agradable cuando se presentaba al público con su chaqueta al hombro y su faja de un color encarnado muy vivo, que resaltaba mucho más á causa de la notable blancura de su camisa.

Llevaba su ligero tamboril colgado del brazo izquierdo por una correa, y con la misma mano sostenía en sus labios un pequeño pífano, mientras que con la derecha *tamborileaba*, siempre con la faz alegre; y teniendo la pierna derecha tendida hacia adelante, daba á su cuerpo una graciosa apostura.

Su pífano, á pesar de ser pequeñito, llenaba con sus aires el espacio como lo hubiera podido hacer una bandada de canoros pájaros. Verdad que es instrumento muy á propósito para aquella atmósfera límpida, diáfana y fácil para las vibraciones, mientras que el tamboril, con su voz profunda, acompañaba el canto y las *florituras*.

El sonido de aquella música discordante y algo silvestre recordaba al señor Ministro, mejor que todo cuanto le habían enseñado desde que estaba allí, su niñez de pilluelo provenzal recorriendo las fiestas de los pueblos, bailando debajo de los árboles de la plaza, en el polvo de las carreteras ó encima del césped y de la hierba. Una deliciosa emoción se apoderó de él, pues á pesar de sus cuarenta años pasados ya, y de la vida política que tanto gasta, conservaba todavía mucha viveza de imaginación.

Y luego, aquel Valmajour no era un tamborilero como los demás, uno de esos tocadores que recogen acá y allá trozos de rigodón ó estribillos de canciones en las fiestas campesinas y que deshonran su instrumento queriendo acomodarlos al gusto moderno; nada de eso. Hijo y nieto de tamborileros, no tocaba jamás sino aires nacionales, cantados por las abuelas en las veladas; sabía muchos, y no se cansaba de tocar.

Después de los villancicos de Saboly en compás de minueto ó de rigodón, entonaba la *Marcha de los reyes*, cuya música oía con fruición Turena en su conquista del Palatinado.

Cuando nuestro hombre tocó en el circo en el día de la indicada fiesta, los espectadores, electrizados, marcaban el compás con los brazos, con la cabeza, y seguían con júbilo aquel trino soberbio, sostenido y penetrante, interrumpido solamente por el piar de las golondrinas, que revoloteando en todos sentidos, inquietas y encantadas á la par, parecían buscar en el espacio el invisible pájaro que lanzaba esas notas sobreagudas.

Al acabar Valmajour, aclamaciones sin fin estallaron por todas partes, y los sombreros y los pañuelos volaban por el aire.

El Ministro llamó al músico y le abrazó, diciéndole:

—¡Me has hecho llorar, muchacho!

Y enseñaba sus ojos, grandes y negros, llenos de lágrimas.

Muy orgulloso por verse en medio de los bordados y de las espadas oficiales, el tamborilero aceptaba las felicitaciones y los abrazos sin demasiada cortedad. Era todo un buen mozo; tenía su cabeza de forma regular, la frente despejada, la perilla y el bigote de un negro brillante en una tez curtida; uno de esos francotes aldeanos del valle del Ródano que, sin ser altanerós, no tienen nada de la hipócrita humildad de los campesinos del centro.

El Ministro examinó el tamboril y su palillo con punta de marfil, admiró la ligereza del instrumento, que hacía doscientos años pertenecía á la misma familia, y cuya caja de nogal, adornada con pequeñas esculturas, estaba pulida, delgada, sonora, y parecía ablandada por el uso.

Se fijó, sobre todo, en la primitiva flauta rústica de tres agujeros de los antiguos tamborileros, con la que Valmajour tocaba por respeto á la tradición, y que aprendió á manejar á fuerza de destreza y de paciencia.

Nada más poético que el relato que hacía de sus luchas para dominar la flauta y de sus victorias.

—La idea de tocar el pífano me asaltó, refería él, una noche al oír cantar á un ruiseñor. He aquí, Valmajour, un pájaro de Dios, me decía, al que basta su garganta para todos sus gorjeos; y lo que hace este animalito con un agujero, ¿no podrás tú hacerlo con los tres de tu pequeño flautín?

Hablaba con calma, con un timbre de voz dulce y agradable, sin nada de ridiculidad ni pedantería, y ni siquiera se conmovió al oír al Ministro decirle de pronto:

—Vente á París, muchacho, y tienes hecha la fortuna.

—¡Oh! Mi hermana no querrá dejarme ir nunca, respondió sonriendo.

Su madre había muerto, y vivía con su padre y su hermana en una alquería que llevaba su nombre, á tres leguas de Aps, en el monte de Cordoue. El Ministro le prometió ir á verle antes de partir, para hablar con su familia respecto á aquel viaje.

Valmajour saludó, giró sobre sus talones y bajó otra vez al redondel con su caja en el brazo, la cabeza erguida y andando con ese ligero meneo propio del provenzal, amigo del ritmo y de la danza. Sus amigos le esperaban para felicitarle, cuando de repente miles de voces exclamaron: «¡La farándola! ¡La farándola!» Fué un clamor inmenso, repetido por el eco de las bóvedas y de los corredores de donde parecía salir la fresca sombra que, invadiendo la arena, estrechaba cada vez más la zona del sol.

En aquel mismo instante, una multitud inmensa se dirigió al redondel con tal ímpetu, que derribó la barrera y llenó en su totalidad la redonda pista una turba de aldeanos de uno y otro sexo, que ofrecía un aspecto gratísimo, viéndose allí una mezcla de blancos pañuelos de tul ó encaje, faldas de brillantes colores, cintas vistosas en las cofias, blusas cuajadas de agremanes y chaquetas de pekin.

A una señal dada en el tamboril, todo ese gentío se alineó, y cogiéndose por las manos se dispuso para el baile.

Un trino del pífano hizo ondular todo el circo, y la *farándola*, guiada por un mozo de Barbantane, pueblo de los bailarines de más fama, se puso en marcha

lentamente, desarrollándose en múltiples anillos y llenando de un ruido confuso la enorme puerta del vomitorio, por donde salía poco á poco. Valmajour la seguía con paso igual y solemne; al andar, empujaba con la rodilla su grueso tamboril y tocaba más fuerte á medida que la muchedumbre, reunida en la arena, se devanaba como una madeja de oro y seda.

—Mirad allá arriba, dijo de repente el Ministro.

Era la cabeza de la *farándola* que aparecía entre los arcos abovedados del primer piso, mientras que el tamborilero y los últimos farandoleros pisaban aún el redondel.

¿Quién entre aquellos provenzales hubiera podido resistir al sonido del mágico pífano de Valmajour? Acompañado por los redobles del tamboril, se le oía en todos los pisos, dominando las exclamaciones de la muchedumbre.

Y la *farándola* subía, subía sin cesar, llegando ya á las galerías superiores, que el sol alumbraba aún con una luz suave.

El inmenso desfile de los danzantes se destacaba entonces entre los altos arcos en finas siluetas, y figuraba un bajo-relieve dibujado en la piedra, como los que se ven en el frontispicio de los antiguos templos.

Abajo, de pie en el palco, pues ya se marchaban, el Ministro preguntaba á su esposa, echándole en los hombros un chal de encaje:

—¿Qué te parece, di? ¿No es cosa hermosa?

—¡Muy hermosa! respondió la parisién sintiendo conmovida su naturaleza de artista.

Y el Ministro, hijo de Aps, parecía más orgulloso por aquella sencilla aprobación que por los ruidosos homenajes que le aturdían hacia más de dos horas.